

Dos precursores: Feijoo y Sarmiento

Luis Saavedra

I. REVISIÓN COMPARADA

Hay en estos dos frailes benedictinos una confluencia de personalidades que comparte una relevancia intelectual que no puede pasar desapercibida si queremos rastrear las huellas de nuestro pensamiento social. Muy cercanos ambos en muchos aspectos que hoy nos interesa recordar, pero también distintos en algunos enfoques substanciosos que trataremos de destacar. Descubrimos en ellos un ángulo colegiado que nos lleva a una estampa singular, y que habla de su proximidad o emparentamiento con Galicia y varios semblantes de su despliegue en la decisiva circulación del XVIII.

Feijoo nació en 1676, en Melias, en un paraje de excepcional belleza, sobre el Miño, muy cerca de Ourense. De estirpe señorial, podemos todavía en la actualidad contemplar, si bien muy disminuida, parte de la planta del solar familiar. Llamado por la vocación religiosa desde muy joven, se vinculó a la orden de San Benito e ingresó en el monasterio de Samos, donde realizó sus estudios y a cuyo patrimonio legaría, a fines de su longeva existencia, sus bienes hereditarios. Tras su paso esporádico por algunos cenobios benedictinos de distintos enclaves geográficos se instaló en el convento de San Vicente, de Oviedo, en donde escribió su obra, a la par que se dedicó a la enseñanza de teología y filosofía en las aulas de la universidad asturiana durante cuatro décadas. Allí murió en 1764.

Sarmiento tuvo unos orígenes menos distinguidos. Hijo de un maestro cantero y de una vecina, curiosamente, de Samos, que abandonaron el entorno gallego para instalarse de forma eventual, en Villafranca del Bierzo, donde nació en 1695. Poco después se trasladaron a Pontevedra, donde pasó su niñez, hasta que a los quince años se afincó en Madrid, de donde, con la excepción de algún viaje a Galicia o el cumplimiento de algún compromiso con la orden en otros monasterios, no volvió a cambiar de residencia. Aposentado en el convento de San Martín, una construcción benedictina

del XII, infortunadamente derruida bajo el reinado de José Bonaparte, pasó en sus celdas la mayor parte de su vida adulta, y en ellas elaboró sus escritos. Falleció en ese recinto religioso en 1772.

El influjo de Feijoo sobre Sarmiento fue notable y reconocido. La mayor edad del primero, y la fama considerable del autor del *Teatro Crítico*, debió sobrecoger a un Sarmiento que sólo publicó en vida, precisamente, su defensa de Feijoo. No sorprende, por ello, que Fray Benito le dedicara un comentario a su joven compañero de disciplina y, como veremos, colaborador, que expresa los términos de una mutua distinción: “Tiene mi religión un sujeto que, a la edad de treinta y cinco años, es un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas...”

La relación entre los dos religiosos se había iniciado años atrás, probablemente en el monasterio de Lézé, siendo Feijoo profesor de un Sarmiento novicio que hacía méritos para alcanzar la ordenación en el hogar benedictino. Fruto de esta cercanía, a partir de entonces cultivada, fue el alegato que el discípulo ya maduro tuvo que hacer, como veremos más adelante, para defender al maestro de los numerosos ataques e impugnaciones que su obra merecería a las destemplanzas de la ortodoxia más sectaria.

El estudioso actual interesado en la proyección de estas dos personalidades puede tener una idea precisa de Feijoo, que ejerció un magisterio ampliamente celebrado a través de sus publicaciones, en especial, de su *Teatro Crítico Universal*, que alcanzó una popularidad, cuyos ecos se han ido transmitiendo generacionalmente en círculos intelectuales que han conocido menos, sin embargo, los *Discursos* o las *Cartas eruditas*. Pero esta no es la circunstancia de Fray Martín, que fue un hombre conocido y respetado en medios intelectuales restringidos, y que tuvo el aprecio de la Corte y de numerosos personajes públicos, pero que no gozó del aprecio popular a causa de su parquedad publicística.

No obstante, Sarmiento fue un erudito que consiguió tener una audiencia relevante como consejero de las más diversas cuestiones culturales, artísticas, socio-económicas y científicas, y a cuya consulta acudían hombres de la talla de Cómpanes, Aranda, Medina-Sidonia, o los mismos monarcas, Felipe V y Fernando VI, a los que asesoró en numerosas ocasiones, llegando a ser, tras el incendio y destrucción del antiguo Alcázar madrileño, la persona que se encargó de la ornamentación del nuevo palacio real, hoy existente y, en particular, el diseñador de su biblioteca. De manera que no cabe hablar de falta de reconocimiento, a pesar de que fue diferente del que disfrutó Feijoo,

encaramado con justicia a una nombradía que le distinguió como a una de las cabezas más influyentes de la época.

Tal vez esta actividad menos agradecida de alto asesoramiento le retuvo media vida haciendo informes por encargo que le impidieron realizar una obra más genuina y trascendente. Pero, en todo caso, de la abundancia con que se prodigó como consultor baste recordar que en 1767 escribió un “Catálogo de pliegos que yo Fr. Martín Sarmiento, benedictino y profeso en San Martín de Madrid, he escrito de mi mano, pluma y letra sobre diferentes asuntos”, del que podemos colegir que dedicó a esta tarea más de cinco mil pliegos de papel. Sin embargo, y aun en esa penumbra tipográfica en que se movió, ultimamente ha sido objeto de una atención renovada, sobre todo, en el ámbito cultural gallego, que no está exenta de interpretaciones que coinciden con la oportunidad de un renacimiento de las reivindicaciones identitarias diferenciadas. No en vano, para muchos intelectuales seguidores del nacionalismo que comenzó a gestarse a mediados del XIX Sarmiento ha sido considerado como una figura clave en la restauración de la conciencia histórica gallega, no sin, en ocasiones, una hiperbólica interpretación.

II. PERFIL POLÉMICO

El que fuera calificado como “El Gran Gallego” tuvo un papel destacadísimo en el resurgimiento de la lengua vernácula, en su esfuerzo para conseguir que fuera tratada como una lengua normal, en la defensa de su enseñanza y difusión, no sólo como idioma oral popular, sino también como instrumento de expresión escrita y culta. Denunció, sin complejos, los abusos y humillaciones que en nombre de una uniformización cultural se realizaron en Galicia para imponer el castellano a toda costa. Defendió la tierra y el alma de Galicia con una pasión-no libre de contradicciones, como veremos-, que sólo se explica en la añoranza de su adolescencia pontevedresa. Pero de ahí a hacer de él, y menos, desde luego, de Feijoo, un apóstol del nacionalismo gallego hay todo un abismo por el que transitan en estos días las exégesis más desproporcionadas.

Debemos decir, a este respecto, que con similar energía custodió el castellano, y que de ninguna otra forma consideró a España más que en el sentido moderno de nación, y a Galicia como parte indiscutida de ella. Su patria, en la acepción donosa en la que puede ser pronunciado este sustantivo, fue España, Galicia y Pontevedra, ciudad a la que en varias ocasiones se refirió, por cierto, como a ‘mi Patria’, dejando así constancia de una plural convivencia entre las patrias chicas y las patrias grandes.

El discurso de Feijoo se presta todavía menos a la ambigüedad en este tipo de cuestiones. Más universalista y menos determinado por la fijación de la niñez, Fray Benito no dejó, por ello, de rendir tributo a su Galicia natal, pero en un tono, con unos comentarios que se prestan poco a la hagiografía localista que hoy reparte certificados de buen comportamiento, por doquier. En sus *Discursos*, particularmente, encontramos algunas alusiones a estos temas, pero hechas siempre con una punta de sabia indeterminación. A él se debe, por ejemplo, aunque no lo sepan muchos, la popularización de la leyenda de los legionarios de Junio Bruto-apodado “El gallego”- que, tras conquistar Galicia volvieron a Roma propalando la fábula de que en el cabo de Finisterre “habían visto el sol sumergirse levantando una terrible humareda en el agua del Océano”.

Pero en materias nacionalistas Feijoo se muestra no sólo sabio, sino también incisivo. En “Amor a la patria” vemos cómo pone en entredicho el desafecto a la tierra común de todos, a la vez que afea la exaltación de los sentimientos de identificación con una determinada tierra. Y criticando las vehemencias localistas y particularizantes propone una interpretación racional de la relación entre patria y persona: “Busco en los hombres aquél amor de la patria que hayo tan celebrado en los libros; quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, virtuoso, y no le encuentro”. Y para dejar grabada una lección a nuestros entusiastas patriotas contemporáneos, añade, relativizando el ardor mitomaniaco: “Apenas hay hombre que no tenga algo de bueno, ni hombre que no tenga algo de malo”.

El compromiso de Sarmiento con Galicia empieza con lo más elemental e intenso: la palabra. Gallego parlante en su núcleo familiar, evocará esta condición que le situaría en el entendimiento de la naturalidad de las lenguas: “Sólo he mamado la lengua gallega que, con la ocasión de venir a tomar el Santo Hábito, olvidé casi del todo, y me di a la lengua castellana”, comenta desde su retiro madrileño. Pero Sarmiento no es solo un defensor del gallego, ni tal vez, el primer estudioso que se plantea el conocimiento científico de esta lengua, como se ha señalado, sino que, además, lo hace compatible con la reivindicación del castellano. Por eso, hizo suya la propuesta del primer Diccionario Castellano, y a él se debió la autoría de una *Historia de la Literatura Española*. De forma que es esa convivencia natural con las palabras, esa apropiación del lenguaje como troquel de la idiosincrasia la que le convierte en experto conocedor del gallego, al tiempo que le vuelve un sofisticado conocedor del castellano. Y en este enfoque podríamos contemplarle como un modelo de bilingüismo.

Fray Martín tuvo un enorme talento para reflexionar sobre los atributos de la lengua. Supo, en algunos aspectos, adelantarse a la exploración de la lingüística moderna que se entronca con Saussure, y se adentró en la distinción entre lenguas habladas y escritas con una inteligencia que nos estimula: “Tengo observado que las lenguas vulgares, que solamente se hablan y no se escriben, son casi eternas, inmutables, y que cada día se aumentan más y más, conservando siempre el carácter privativo de la lengua”. Sabía lo que decía. En sus “Elementos etimológicos” recuerda con amargura la imposición que ha impedido históricamente aprender por escrito el gallego, estudiar su gramática, los castigos que pendían sobre la infracción oficial de estas prohibiciones. Y, sin embargo, el benedictino tenía razón. El uso popular de las lenguas sobrepasa las determinaciones legislativas, las barreras coactivas, los encorsetamientos burocráticos.

A la lingüística llegó Sarmiento por experiencia propia, como él nos recuerda. Pero también mediante el despliegue de su faceta de pedagogo, en la que tuvo una autoridad reconocida. Su obra fundamental *La Educación de la juventud*, es un exponente muy indicativo de la doble lectura que se puede y se debe hacer de su pensamiento. En ella, hay no sólo una propuesta educativa innovadora, sino que también encontramos otros encuadres bien distintos sobre los que luego volveremos.

Como ha sido convenientemente estudiado, las ideas pedagógicas de Fray Martín recogen, en general, el impacto de la cultura ilustrada y su crítica de los métodos educativos tradicionales, en una visión optimista del cometido de la educación que, muy de acuerdo con las corrientes del siglo, se convierte en la llave que habrá de franquear definitivamente el futuro del hombre. Aquí reencontramos al escritor racionalista que ve en la evolución intelectual la solución de las penurias que han aquejado al ser humano. En este marco estudia el proceso de aprendizaje del niño y la formación de su personalidad, las causas del fracaso escolar, la función de los maestros o la misión ejemplificadora de los padres. Fruto de esta vertiente es su impulso a la realización de un *Diccionario Geográfico de España*, y el aliento definitivo que prestó a la culminación de una *Historia Natural*.

Así es que no podríamos recordar a Sarmiento, ni siquiera en la ocasión de esta revisión comparada, sin destacar la trascendencia de su pluma en la elaboración de una mentalidad crítica y clarificadora que supo denunciar el atraso y las deficiencias de la sociedad española y ser, al mismo tiempo, voz que clamó contra el ocultamiento de una parte de la identidad cultural de Galicia forzada a deslizarse sumergidamente por la historia, y que él contribuyó de una manera decisiva a reivindicar. Pero no puedo ocultar que

estas aportaciones tan destacables han constituido la plataforma de una veneración sarmientiana, muy indiscriminada, que no ha tenido la curiosidad de indagar en otra proyección visible de su discurso que nos remite a un pensador extremadamente contradictorio, anclado en percepciones arcaizantes, y obstinado en la configuración de estereotipos muy conservadores y obsoletos.

Con Galicia como telón de fondo, es fácil detectar una pérdida de sentido de la realidad a través de la que deja traslucir la imagen de un país incontaminado, inexistente, de hecho, en el que considera foráneo o despreciable todo que no le gusta, como es el caso de Coruña, ciudad a la que dedica epítetos nada ahorrativos: “Quién persuadirá a los labradores gallegos que les será útil una Academia de Agricultura fundada en el lugar más Arenoso y estéril de Galicia, qual es la Coruña; en donde los más de los habitantes son hombres de pleytos y de pluma; o son de Espada y Milicia; o son de Bolsa y de Comercio... “Este comentario de la *Obra de 660 pliegos*, que podría explicarse en el desacierto de la ubicación de la Academia de marras refleja, no obstante, una crítica a lo urbano, que viene a significar lo de fuera, lo extraño. No sólo porque en la ciudad puede haber un exceso de militares, sino, y es paradójico en él, por la proliferación de gentes “de Pluma”, además de abogados, comerciantes y financieros.

No se pueden entender las diatribas de Fray Martín si no se tiene presente la idea originaria que le permite formarse un modelo social propio, que confluye siempre en la raíz honda del labrador y de su cultura. De un labrador que él anhela inmutable, y que dibuja como la figura quintaesenciada de lo que debe ser una Galicia eterna. Su paradigma social se halla vinculado a una profunda extracción agrarista, a una nostalgia ruralizante que demanda la preeminencia del sustrato agrícola sobre el impulso industrial, y que observa suspicazmente la amenaza de lo ciudadano sobre lo campesino, de la urbe sobre el mundo rural.

No debe extrañarnos, por ello, que proponga “despoblar los lugares populosos, de toda la gente que nació entre Azadones y Arados y restituirla a sus países respectivos”, como leemos en la *Obra de 660 pliegos*. O que atribuya la decadencia de la población española a que “Madrid y otros lugares muy populosos hacen vanidad de que gastan mucha Arina, y de que tienen numeroso vecindario... Y en verdad que con la mucha población de Madrid, jamás se adelantaría la Agricultura”.

En este texto Sarmiento explica su patrón agrícola, que sólo se puede entender en las propuestas de la orden benedictina, y que atiende a la eliminación de los intermediarios entre los titulares de los foros y los

campesinos que trabajan la tierra. La colonia agrícola que propone es, en realidad, un tipo de explotación que se inspira en los modelos familiares ya existentes, y que aspiraba a que se extendieran por toda España. Las ‘caserías’ serían poco menos que autosuficientes, y no pondrían en discusión el dominio señorial sobre la propiedad de la tierra, teniendo como efecto, empero, el establecimiento de una relación directa entre el campesino y el titular del foro en todo lo concerniente al pago de la renta.

Este tipo de explotación que asume como modélico es, bien mirado, el que tradicionalmente ha existido en Galicia, autosuficiente en sus limitaciones, y reacio al intercambio con el exterior. Por eso, en la *Obra de 660 pliegos*, considera nociva la economía monetaria, que además, le parece impropia de Galicia: “No quiera Dios que yo apetezca que Galicia se llene de pesetas con título de Comercio: Eso sería arruinar a Galicia, que jamás podría ser infeliz por falta de pesetas, sino por falta de frutos de la tierra”.

Vemos, pues, la profunda encarnadura que una visión social bastante antimoderna se forma en Sarmiento: Su hostilidad hacia la economía monetaria, su rechazo de la industrialización, sus recelos contra la mentalidad urbana, nos recuerdan, en la segunda parte del XVIII, el peso de una ideología fraccionada, con un componente retrógrado que resulta sorprendente. Y esta es la óptica de aproximación con la que configura esa idealización rústica de una Galicia apegada a los dictados del terruño secular.

Este benedictino que se posiciona frente a la modernidad desconcierta a ese otro admirador del racionalismo ilustrado que leemos en muchos de sus escritos. Ahora el campesino atrasado y ajeno al progreso le cautiva porque “tienen despejada su razón natural que no la han confundido con leer libros, ni con estudiar facultades (materias) especulativas. Gobiernan prudentemente su casa, y su pueblo, por las simplicísimas máximas de que usan entre sí, sin soñar en opiniones, proyectos, sistemas, novedades, que son la peste de la sociedad humana y de la vida civil”, nos dice en *La educación de la juventud*.

Se diría que cuanto más atrasado, aislado y rudimentario se conciba al hombre que vive de la tierra más cercanía se consigue al tipo humano que Sarmiento desea rescatar. Contrario al progreso, desde luego, pero también simple, no desvirtuado por los asedios de la ciencia y de las letras. Y lo mismo en economía, cuanto más autárquica y desconectada de los peligros forasteros, mejor: “yo diría que sería muy necesario se atajase este abuso (de extraer trapos) prohibiendo con rigurosas penas que saliese trapo alguno de España por más conveniencias que se siguiesen a los que lo venden, u ofrecieran los que lo compran”, afirma en “Fábricas y distribución del papel”.

Esta defensa numantina de la incomunicación, como terapia que puede mantener sano y puro al hombre, a su tierra y a su sociedad, y que aplica de una manera general tiene, como es lógico, un sabor castizo que no disimula, por ejemplo, en el mal que los de fuera causan a Galicia. Una ocasión sonora es la de los fomentadores catalanes. Los emigrantes que, desde Cataluña llegan al litoral gallego para poner en marcha con sus iniciativas nuevas formas de pesquería, con una concesión especial de Carlos III. El inteligente fraile responde a la arribada de estos inmigrantes emprendedores como si fueran salteadores de la exclusiva bondad natural del gallego llamada a perpetuarse en la soledad, y los denuncia en la *Obra de 660 pliegos*, como “tiranos arbitristas e impostores”, debido a la santa razón de que “sólo los gallegos puedan pescar en sus mares y prohibir que extranjero alguno que no estuviese matriculado en Galicia pueda ir a aquellos mares a pescar o impedir las pesquerías de los naturales”. Y no le duelen prendas en decir que “los catalanes van a Galicia a apurar la semilla de sus avarientos aparejos”, en un comentario que resume la médula recelosa, encerrada y provinciana del ilustre religioso ante las inevitables leyes del progreso de los pueblos. ¿Qué diría hoy contemplando la presencia de una potentísima flota pesquera gallega surcando los mares de los cinco continentes?

Porque, el caso es que en sus escritos, parece como si cualquier contacto con el exterior corrompiera el alma de una idílica identidad, que en ocasiones, llega a alcanzar dimensiones preocupantes. Ya que no se detiene en denigrar a los españoles-y a los gallegos, en particular-que tratan con los extranjeros. Así, vemos en *La educación de la juventud*, cómo la emprende con los que se van fuera y cómo aprovecha para hacer a los portugueses mercedores de sus dicerios: “Otros españoles salen de España con el fin de que van a ver las ‘Cortes extranjeras’. Esos si pasan 25 años, van a recoger todos los vicios más refinados, que apestan todas las ‘cortes’, para entablarlos en su patria... Sus costumbres, creencia y conducta son ‘equivocas’, y así se deben tratar con cautela. Con la misma ‘cautela’ deben tratar los gallegos que quedan en el país, a los ‘gallegos’ que pasaron a Portugal y volvieron a su Patria. Esos gallegos aporuguesados, es la mayor canalla y la más viciosa, que ay en el mundo. El adulterio, los asesinatos, el latrocinio, los robos de yglesias..., la torpe luxuria a la portuguesa, etc, y sobre todo una ociosidad, y abandono de cultivar las tierras, y el corromper la sencillez gallega; a eso vuelven a Galicia, los gallegos que han pasado a Portugal... Y los gallegos que se casan en ‘Portugal, sólo van a vuscar lacras’, y a corromper sus ‘familias’. Ese pernicioso ‘chorrillo’ de pasar a Portugal tantos millares de gallegos pedía un remedio muy serio”.

No es ocioso recordar, en este lance, que el trabajo de intención social más destacado de Sarmiento, como ya he dicho, es su *Obra de 660 pliegos*, que fue escrita con el objeto de defender los privilegios que los benedictinos detentaban como grandes propietarios de tierras en Galicia, y que, precisamente, habían sido denunciados por los abogados coruñeses, contra los que se dirige el escrito. Recordemos, con este motivo, que los benedictinos, junto con los cistercienses, tuvieron un enorme poder en Galicia, que incluía facultades jurisdiccionales, además del dominio sobre casi 6.000 vasallos. Y esto fue lo que los jurisperitos de Coruña pusieron en evidencia, y a esto fue a lo que Sarmiento se opuso con toda su tenacidad.

Pero, por mucho que afloren contradicciones elocuentes, no podemos dejar de considerarle, en otros muchos aspectos, en el recorrido de la ola enciclopedista en la que, por otra parte, encaja la generalidad de su resonancia como autor de una extraordinaria inquietud en la España de su tiempo. Y no importa que en su esfuerzo intelectual la religión quedara al margen del frío análisis de la razón desnuda. Este argumento, que ha sido utilizado alguna vez para aligerar el peso de la Ilustración en España, ni tiene una validez universal ni alcanza a desacreditar un movimiento de la enjundia de los ilustrados españoles. La Ilustración francesa -con una impronta volteriana muy marcada-, fue más radical, en este plano, que la inglesa y escocesa, que raramente es descreída. Y otro tanto sucede con la herencia ilustrada que cruza las dos orillas de Atlántico y sirve para encandilar a los revolucionarios americanos que, como es conocido, aplican la razón a los asuntos de la tierra, buscando la energía suprema, sin embargo, en la voluntad divina.

Digamos que el Sarmiento que se expresa en esta perspectiva enciclopedista se acopla muy bien a toda una serie de valores que son muy reveladores de su mundo. Y en esta consideración fue un erudito auténtico que representó el papel del intelectual como hombre que se bate con las ideas. En su celda llegó a tener una biblioteca personal de 7.500 volúmenes, según dejó detallado en su *Catálogo de los autores de quien yo tengo obras*. Esta exorbitancia de libros, que debían causar las delicias de las muchas y muy escogidas visitas que recibía en el convento es, realmente, un testimonio de una gran elocuencia de la trascendencia que el religioso concedía a la palabra escrita como expresión suprema de la razón humana.

Hemos hablado ya de la confianza que deposita en la educación, y de la veta optimista, muy de la época, con que prevé la solución de todos los problemas por medio del conocimiento. No es menor el crédito que atribuye al impacto de la ciencia-aunque pueda sonar chocante después de lo que

hemos comentado -para combatir el atraso de los pueblos, y en concreto, del español, al que diagnostica un mal que sólo se puede remediar mediante el trabajo: "Sé que si los ociosos en España incurriesen en pena de muerte se despoblaría toda ella...", dice, de nuevo, en la *Obra 660 pliegos*. De ahí también el sinsabor que le produce la poca estima en que se tiene el trabajo intelectual en nuestro país, como se lamenta en *La educación de la juventud*: "Si Newton viniese a Madrid, y no trajese consigo algunas guineas, vendría a la portería de San Martín con su cazuela a matar el hambre".

III. EN EL ESPÍRITU DE LA ILUSTRACIÓN

Feijoo es algo distinto. Representa de una forma más integral, más decidida, el significado amplio del espíritu de la Ilustración. La obra de este otro benedictino esclarecedor es tan espaciosa, tan variada, tan enérgica que nos sorprende y nos cautiva con su fuerza, con su simpatía por las causas nobles, por el imperio de la razón y de la libre capacidad de decidir frente a la idea de lo ya escrito irremediamente. Admirador infatigable de Bacon, sus escritos constituyen un alegato formidable contra toda imposición irracional que trate de convertirse en motivo inspirador de la conducta humana. Todo ello le proyectó hacia la vanguardia de su tiempo y le encaminó con entusiasmo en la dirección prometedora de la mentalidad científica. Su fervor innovador y su compromiso con la búsqueda de la verdad hicieron de él un adelantado en la lucha contra las creencias supersticiosas y en el descrédito del oscurantismo, no evitando, al mismo tiempo, severas reprobaciones a los excesos y utilizaciones religiosas que él, que mantuvo siempre una lealtad exquisita a los compromisos de su fe, conocía muy bien.

No podría ocultar, además, el halo que se cierne alrededor de Feijoo, como hombre grande que fue, obligado a ir contra corriente, y a elaborar su propia personalidad, sus ideas, sus convicciones en el borde justo de lo comúnmente aceptado, y a verse, por ello, impelido a defender un código de comportamiento a despecho, no ya sólo de las creencias establecidas, sino, en contra, muchas veces, de sus propios correligionarios en las obligaciones religiosas, algunos de los cuales, no dudaron en acosarle y perseguirle. Tuvo, no obstante, la admiración y el aprecio del público que le siguió, y hasta la distinción real, que se materializó en 1748, cuando Fernando VI le nombró consejero. Confieso, sin rebujos, la fascinación que su lectura despertó en mí,

y el gran crédito que desde entonces le he guardado a este fraile sabio y apasionado de la vida.

Son muchos y muy variados los temas que Feijoo toca en sus libros. En los *Discursos* desvelamos su crítica al irracionalismo ligado a las supersticiones, brujerías y demás formas de entender el fanatismo religioso. Su pluma no se detuvo en la denuncia de abusos que al cobijo de la religión se cometían para mantener la influencia de determinadas ideas valiéndose de la ignorancia de las gentes sencillas. En “Milagros supuestos”, “Sobre la transportación mágica del obispo de Jaén”, o en “Sobre la multitud de milagros”, por citar alguno de sus artículos, arremete contra la proliferación de la capacidad milagrera poniendo en entredicho sus efectos entre los creyentes humildes, y su instrumentalización a favor del poder eclesial y la sacralidad de sus jerarquías, como en el caso del obispo andaluz que relata, que a decir del supuesto milagro, había ido a Roma en una noche. Su voz estuvo presente también para llamar la atención contra los malos tratos, o la discriminación entre creyentes/no creyentes que practicaba la Iglesia. En “Paradojas políticas y morales”, denuncia la existencia de la tortura y aprovecha para censurar la moral eclesiástica que impide enterrar en lugar sagrado a los suicidas.

En el *Teatro Crítico* comprobamos el mismo afán desmitificador de los poderes excepcionales que dimanaban de la religión y se emplean para obtener fines terrenales concretos, muy en la línea de las teorías de la Ilustración sobre los intereses y el engaño. En “Transformaciones y transmigraciones mágicas”, vemos, nuevamente, esa decisión de oponerse al influjo de un irracionalismo interesado que se beneficia del desconocimiento popular para mantener encendida la llama del temor y del respeto sacrosanto que infunden las amenazas eclesiásticas: “La tierra humilde del vulgo es de tan buena condición para transplantarse a ella las patrañas, que las da alimento y conserva aún separadas de las raíces”. Por eso, leemos en este mismo libro, en un artículo que titula “Escepticismo filosófico”, cómo, criticando el celo religioso en la salvaguarda de algunos postulados oscurantistas, hace una reivindicación de las bondades del racionalismo: “El mayor enemigo de la religión es la desordenada desconfianza de la razón”, y aprovecha ya para recomendar como mejor sistema de conocimiento “el método y órgano de Bacon”, al que irá remitiendo en adelante.

Feijoo fue, en muchos aspectos, un vanguardista que incluso llegó a reivindicar la emancipación de la mujer con argumentos que aún hoy no están plenamente asumidos. En los “discursos” vemos un artículo, “Defensa de las mujeres”, en el que la emprende contra quienes las desconsideran negando cualquier comparación entre ellas y los hombres, y defendiendo su “aptitud

para todo género de ciencias y conocimientos sublimes”. Debo recordar que Sarmiento se hace eco en su *Demostración crítico-apologética* ... de estas ideas de su maestro, que asume y elogia: “En el Theatro verá el lector probada la igualdad de la Mujer al Hombre, particularmente en cuanto a las prendas intelectuales que es el principal intento”.

La campaña que el antiguo seminarista de Samos desarrolla a favor del imperio de la razón apunta en todas las direcciones, pero, como ya hemos visto, muy directamente, contra las amenazas que la superchería blande sobre el miedo terrible a los castigos sobrenaturales. Y su mano entra como un estilete en las tumoraciones que se expanden para falsear la verdad y mantener en vilo a los temerosos creyentes. En el *Teatro Crítico* nos encontramos, una vez más, al sabio religioso, en un trabajo sobre la “Venida del Anticristo y fin del mundo”, poniendo en la picota la espuria y malintencionada propagación de vaticinios y profecías sobre el fin de los tiempos y las espeluznantes catástrofes que se abatirían sobre la humanidad entera, y ridiculiza la figura del Anticristo, poniendo en solfa su instrumentalización tanto por los católicos como por los protestantes.

Esta semilla racionalista que Feijoo deja caer es la que brota, como ya hemos anticipado, en el trabajo del Sarmiento que vemos en la vecindad de la Ilustración. No en vano, la única obra que publicó en vida es la que le dedica al maestro en los dos tomos de la *Demostración crítico-apologética del Theatro Crítico Universal*, que apareció en 1732 para defender a Fray Benito de los numerosos ataques que recibía, en especial, desde el bando religioso, por su atrevimiento intelectual. En este escorzo podemos completar la lectura de *La educación de la juventud*, descubriendo su apuesta por los nuevos aires experimentalistas, en los que deposita una entrega que no está liberada de la ingenuidad cientifista que se adueñó del ambiente dieciochesco, y que desde luego, compartió Feijoo: “La única cosa que se había de saber y estudiar nos dice el fraile pontevedrés-, era la Historia Natural, pues en esa está toda la Filosofía Real”.

De ahí sus frecuentes apelaciones en favor de las matemáticas, de la física, de las ciencias naturales. Y es este contacto con la cultura científica que se difunde por toda Europa el que le anima a retomar el asunto del atraso cultural español clamando contra la ausencia de una enseñanza universitaria que pueda estar a la altura del progreso experimental que se ha conseguido en el mundo. Tal es el caso de los estudios de medicina, acerca de los cuales se pregunta: “¿Pero cómo se han de enseñar, si en ninguna parte de España hay cátedra Fundada para estudiar la Botánica, y Historia Natural?”.

IV. LA HUELLA DE LA CIENCIA

La impresión que le produjo a Sarmiento el encuentro con el método científico debió ser tan marcada que, al igual que deposita en la Historia Natural los valores de la nueva filosofía, no se resiste a hacer comparaciones entre la ciencia empírica y las humanidades, como explica en “Elementos etimológicos según el método de Euclides”, cuando afirma que “El Método de los Geómetras es más breve, claro y conciso que el de los lógicos, y si todas las Artes y Ciencias se enseñaran modo Geométrico, no habría tanta broza supérflua y tantas confusiones en los libros”.

La metodología experimental que descubre en las propuestas científicas le vuelve hacia el camino de la pedagogía para recomendar que no se enseñe a los niños de memoria ni por la fuerza, sino utilizando las ventajas que percibe en el aprendizaje de la ciencia: “de las ciencias puramente naturales, y que no sean contenciosas. Y entre ellas deben estar las matemáticas. Sólo en esas está la verdadera lógica, y el verdadero *modus sciendi*. La lógica sólo sirve para fortificar. La *mathemática* no da paso adelante sin demostración”, afirma en *La educación de la juventud*. Y un poco después, hablando de las cosas espirituales e incorpóreas, dice que es materia que “se reserva para el otro mundo”. En la *Obra de 660 pliegos* dirá que las verdades empíricas “jamás prescriben”.

Este alegato experimentalista y la reivindicación de los innovadores procedimientos científicos que Sarmiento trata de aplicar en la evaluación de diferentes problemas sociales está muy presente y aventajado en la literatura de Feijoo. Como ya hemos comprobado, su punto de referencia teórico se personifica en Francis Bacon, que tan determinadamente influyó en los ilustrados europeos. Hacia él dirige sus miradas en numerosas ocasiones, invocándole, y justificando esta admiración, cuidándose, con probabilidad, de las diatribas que, tanto el pensador inglés como su seguidor español, recibían del roqueño integrista. En los *Discursos* podemos leer varios artículos escritos con esta finalidad.

Ya he dicho que como buen racionalista Fray Benito se abre ante la ciencia con un asombro confiado, con una entrega casi ilimitada que llama la atención hasta en su ingenuidad. Responde plenamente a ese clima intelectual del siglo que ha depositado en las ventajas de la razón y en la infalibilidad del método científico toda la capacidad del pensamiento. Por eso, su admiración por Bacon se entremezcla con el empeño de defender su obra de las acusaciones de herejía que le lanza la ortodoxia más cerrada. Y aprovecha esta empresa para atribuir, una vez más, la hostilidad hacia el

progreso científico a la ignorancia y la escasa inquietud. En “Causas del atraso que se padece en España” se dirige de reojo a sus recalitrantes enemigos, y cuenta cómo un médico francés llevó a su celda un corazón de carnero y lo fue diseccionando, explicándole todas sus funciones. Por eso, dice cautelosamente-estaba siendo seguido por la Inquisición-, que cerrar las puertas a las nuevas doctrinas “Es poner el alma en una durísima esclavitud”.

En este sentido, publica en sus *Discursos* un trabajo, el “Descubrimiento de la circulación de la sangre que unos atribuían al padre Francisco de la Reina y otros al hereje Miguel Servet”, en el que defiende a ambos, por si hubiera alguna duda sobre la firmeza de sus convicciones. El entusiasmo científico de Feijoo le induce a establecer comparaciones entre ciencia y moral, parangón que ya hemos visto en Sarmiento influido, también aquí por las lecturas de su maestro. En “Ventajas del saber” alaba la sabiduría de aquellos que no se conforman con las verdades establecidas y se hacen más virtuosos, más diestros en las sutilezas de la moral.

La confluencia entre racionalismo y experimentalismo se mantiene firme en toda la obra del religioso. En el *Teatro Crítico* nos habla, en “Lo que sobra y falta en la física”, de la validez de la indagación científica, de una forma muy expresiva: “Creo que generalmente se puede decir que no hay conocimiento alguno en el hombre, el cual no sea mediata o inmediatamente deducido de la experiencia”, y aprovecha la ocasión para poner en evidencia la inconsistencia del escolasticismo.

Y, en fin, también en la misma obra, vuelve a insistir en “El gran magisterio de la experiencia”, en la relevancia del conocimiento científico, llamando la atención sobre algunas falsas expectativas de la fantasía: “Es preciso, pues, rendirse a la experiencia si no queremos abandonar el camino de la verdad; y buscar la naturaleza en sí misma, no en la engañosa imagen que de ella forma nuestra fantasía”. Y añade, advirtiendo sobre el falso conocimiento, que “El oro soñado le hallan los errores de la imaginación en los ocios del lecho”.

No obstante, también en Feijoo, como hemos comprobado en Sarmiento, aunque en direcciones divergentes, detectamos diferentes intensidades en la valoración de la ciencia, y en especial, de su proyección experimental y su incidencia en la moral, en el comportamiento humano ante la dimensión ética de las cosas. Si, como hemos dicho, en algunas circunstancias otorga a la ciencia un papel conductor en el tratamiento de la moral tradicional, no es esta su opinión cuando se detiene a considerar los grandes significados de la vida. Hay un ejemplo claro en su literatura en el que ciencia y moral se dan la espalda, y el admirado fraile antepone las consideraciones valorativas

a la operatividad del experimentalismo. Estamos hablando de sus comentarios sobre Maquiavelo, uno de los pilares de la aproximación científica en la teoría social, ralmente glosados, y con poca fidelidad a la intención de su autor. Y ello, a pesar que representan muy bien la complejidad y la riqueza de su personalidad, de su respeto a la verdad, y de su exigencia ante los embates que se originan entre el hombre y la sociedad, y del hombre consigo mismo.

En un artículo, sobre todo, “Maquiavelismo de los antiguos”, que aparece en el *Teatro Crítico*, además de algunas apostillas jocosas en relación con la rivalidad entre Luis XII, de Francia, y Fernando el Católico, y su orgulloso celo por haber sabido burlar al galo, no dos veces, como él creía, sino diez -“Por Dios que miente el francés, que no le he engañado dos veces, si no diez”-, descubrimos una reflexión profunda y mordaz sobre el significado del maquiavelismo que hoy podría figurar en la cabecera de los códigos de conducta que dicen inspirar las relaciones personales de instituciones públicas y privadas.

Feijoo traza unas pinceladas biográficas de Maquiavelo, del que cuenta algunas leyendas que nos resistimos a omitir por el alcance simbólico que poseen, como aquella según la cual murió profiriendo blasfemias para conseguir ir al infierno, donde “lograría la compañía de papas, cardenales y príncipes”, en lugar de al cielo, donde según el benedictino “sólo hallaría frailes, mendigos y otra gente mísera y desdichada”.

Con este talante, se adentra en el significado del pensamiento social del escritor florentino, atribuyéndole, por igual, la paternidad del cinismo, el despotismo y la inmoralidad, puesto que, en su opinión, en *El Príncipe* se “enseña a los que lo son a reinar tiránicamente o a dominar los pueblos sin equidad”. Se refiere a César Borgia como a un “hombre de política inicua y tiránica en supremo grado”, y critica el modelo de comportamiento que se acuña en el célebre libro, diciendo que “esa que llaman política refinada no es más que una escoria de la política”.

Así es que son muchos los perfiles que podemos encontrar en estos dos autores, si bien Feijoo, por muchas razones, se nos antoja más equilibrado en su coherencia y fidelidad con un discurso más atento al sentido de la mentalidad moderna.

BIBLIOGRAFIA

Benito Jerónimo Feijoo

— *Obras escogidas*. Madrid. Biblioteca de Autores Españoles. Vol. I, II, III y IV; 1952 y 1961.

Martín Sarmiento

— *Catálogo de pliegos que yo Fr. Martín Sarmiento, beneditino y profeso en San Martín de Madrid, he escrito de mi mano, pluma y letra sobre diferentes asuntos*. Prólogo de Luis Viñas Cortegoso. Ed. Monterroso. Vigo; 1952.

— *Elementos etimológicos*. Col. Medina-Sidonia. Museo de Pontevedra; 1758. En Pilar Allegue.

— *La educación de la juventud*. Edición y estudio de José Luis Pensado. Salamanca. Xunta de Galicia. Servicio Central de Publicacións; 1984.

— *Fábricas y distinción del papel*. En Gonzalo Gayoso. Cuadernos de Estudios Gallegos; 1972.

— *Obra de 660 pliegos*. Col. Medina-Sidonia. Museo de Pontevedra; 1772.

— *Demostración Crítico-apologética del Theatro Crítico Universal*. Madrid. Imprenta Real de la Gazeta; 1779.

— “Discurso sobre la carqueixa”. En Delfín García Guerra: *La medicina en la obra del Padre Sarmiento*. En: *O Padre Sarmiento e o seu tempo*. T. II.

Sobre Sarmiento

Pilar Allegue: *A filosofía ilustrada de Fr. Martín Sarmiento*. Vigo. Ed. Xerais; 1993.

AA. VV.: *O Padre Sarmiento e o seu tempo*. Consello de Cultura Galega. Universidade de Santiago de Compostela. Santiago; 1997.

María A. Faya Díaz: “Jurisdicciones de los monasterios cistercienses gallegos a mediados del siglo XVI”. En Antón Costa Rico: *A dimensión pedagóxica do Padre Sarmiento*. En: *O Padre Sarmiento e o seu tempo*. T. II.

María Angeles Galino: *Tres hombres y un problema: Feijoo, Sarmiento y Jovellanos*. Madrid. CSIC; 1953.

José Luis Pensado: *Fr. Martín Sarmiento: sus ideas lingüísticas*. Oviedo. Cuadernos de la Cátedra Feijoo; 1960.